

CUARTO COMENTARIO

LA PAZ Y LA CULTURA, PRIORIDADES DE LA POLITICA EXTERIOR DE MEXICO

En su lucha por la paz, la política exterior de México reafirma nuestra identidad nacional en el vasto panorama de la convivencia entre los Estados. Además, defiende nuestra independencia y soberanía, a la vez que busca la consolidación de la cooperación internacional.

Cuando el Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos me honró al solicitarme un corto ensayo para el volumen *México y la Paz* que hoy se presenta, escogí un tema aparentemente sencillo pero que, sin embargo, me obligó a realizar una profunda introspección. Se trataba de reflexionar sobre la vinculación entre paz y cultura.

Existe la errónea y muy generalizada creencia de que la cultura contribuye *per se* al fortalecimiento de la paz. Esta equivocación puede atribuirse a una interpretación vanal de la cultura, que la considera equivalente a la buena voluntad que algunas veces motiva la creación artística.

Contra esta suposición habría que anteponer definiciones más exactas de cultura, como la de Herbert Marcuse, que la establece como dimensión superior de autonomía y realización humana, facultades esenciales de la personalidad individual y colectiva que expresan un proceso de creación y recreación de la sociedad y del hombre en busca de su identidad.

Identidad resulta, así, ser término clave para investir a la cultura de una dinámica interna. Es en este punto que cultura y paz, lejos de ser sinónimos, adquieren muchas veces calidad antagónica en la historia. Y es que a lo largo de la experiencia personal y colectiva frecuentemente justificamos la identidad más como confrontación ante la presencia del extraño, que como espíritu de concordia hacia lo que nos es ajeno.

En la civilización occidental, Sigmund Freud reconoció la peligrosidad latente del ego, como factor de conflicto y animadversión. En su correspondencia con Albert Einstein, Freud anotó entre los caracteres psicológicos de la cultura uno que no dudó en calificar de primordial: la interiorización de la inclinación a agredir, con todas sus devastadoras consecuencias.

Por su parte, José Ortega y Gasset vincula la identidad de un pueblo con la distancia geográfica tradicional que lo protegía de otros, limitando el peligro y la agresividad mutua. Con la lucidez que le caracteriza, el sabio español anotó que la telecomunicación inmediata, característica de la sociedad contemporánea, al acercarnos puede convertirse en una espada de dos filos: nos aproxima y, por tanto, nos conocemos mejor; pero al mismo tiempo la cercanía multiplica las posibilidades de divergencia y antagonismo con un vecino incómodamente apegado. Ortega y Gasset escribía en 1948; hoy al mirarnos frente a frente en la luminosidad de una pantalla de televisión no siempre entendemos ni nos agrada lo que se refleja en ese imperfecto espejo de las culturas humanas.

En Oriente, la escritura china expresa el concepto del yo a partir del conflicto con los otros. Por eso el ideograma que representa al ego es el dibujo de dos sables en lucha. Y esto es así, dicen los chinos, porque lo que yo soy me identifica en cuanto produce conflicto ante los demás.

Si la cultura es el todo que incluye creencias, conocimientos, moral, derecho, costumbres y arte, es también el vehículo por el que, de generación en generación, la humanidad trasmite sus prejuicios y el molde donde se forjan las ideas de dominación.

Dejados a sí mismos, esto es, a su conducta tradicional, los patrones culturales tienden a la definición agresiva de la identidad a través de un extranjero-enemigo, chivo expiatorio de la propia inseguridad. Esta naturaleza excluyente y violenta de la cultura debe de ser transformada, so pena de extinción general. Einstein afirmó que los ejercicios nacionales que autojustifican tal violencia se transforman ahora en mecanismo insoportable debido al desarrollo tecnológico que a partir de la bomba atómica, cambió irreversiblemente las reglas del juego.

La educación para la paz se torna entonces en necesidad política urgentísima, objetivo inaplazable para gobiernos e instituciones. México ha luchado insistentemente en su política exterior para que, como dijera ese mexicano de excelencia que fue Jaime Torres Bodet, la ley de la educación sea la ley de la convivencia. En su in-

interesante ensayo, también incluido en el volumen que nos ocupa, Martín Reyes Vayssade evoca el pensamiento de Torres Bodet en la UNESCO para recordarnos que una reforma educativa a profundidad tiene, como último propósito, evitar la guerra, y que para evitar la guerra es preciso también orientar la educación hacia los propósitos de la democracia y la solidaridad internacionales.

Una educación para la paz es igualmente una educación que revisa la autoconcepción de la identidad nacional. Para los mexicanos ésta es tarea urgente que habrá de redefinir nuestro tiempo y circunstancia. Para nosotros identidad nacional habrá de ser: respeto a la tradición, conocimiento de las raíces y propósitos colectivos y plena capacidad para reorientar el rumbo social. Los mexicanos debemos abocarnos consciente y sostenidamente a replantear nuestra identidad cultural en términos menos excluyentes del extranjero. Paradójicamente, las culturas de México entendidas como expresión superior de la sensibilidad y el talento, han recibido muchas y variadas contribuciones de allende las fronteras. Lejos de debilitarse nuestra identidad nacional, en sus rasgos positivos y altruistas, se ha visto fortalecida cuando acepta gustosa lo bueno y bello que nos viene de fuera. El reconocimiento en el sistema escolar, y desde luego en los medios de comunicación masiva, de la contribución foránea a nuestro bienestar y superior comprensión de la vida, nos haría más sanos y sólidos como personas y como pueblo.

Consecuencia lógica de este avance sería una más sustancial contribución de los mexicanos a la causa de la paz universal. Así, el noble propósito pacifista que caracteriza a la política exterior de México encontraría más sólido apoyo en la transformación de la conciencia y los hábitos de los ciudadanos.

Este estudio autoimpuesto de lo que realmente somos nos ayudaría también a definir mejor el tipo de modernidad a que aspiramos. Modernidad a la que como todos los países en desarrollo arribamos tardíamente, pero que en su retraso puede significar ganancia. Ello porque las sociedades más ricas y poderosas del mundo que ingresan ya a un estado posmoderno de su civilización, impugnan la estandarización masiva de la sociedad de consumo que generaron y se oponen a las fantasías que, so pretexto del progreso, han conducido al mundo a graves desequilibrios ecológicos y a la posibilidad de una conflagración nuclear. El posmodernismo de las sociedades más avanzadas implica entonces la revalorización de los estilos de vida y producción que rechazan la uniformidad funcional de la sociedad industrial para recobrar y enriquecer la multiplicidad de realidades culturales que precedieron al periodo de saturación consumista.

La modernidad a la que debe aspirar México no habrá de sacrificar la identidad nacional. Queremos una modernidad que asuma el compromiso de garantizar la equidad en la diversidad y que, en vez de aplastarnos, ponga de relieve lo que nos hace diferentes; diferentes

como nación pero también diversos en las comunidades y los individuos.

Lamentablemente no se percibe aún entre nosotros una reflexión suficientemente generalizada sobre estas cuestiones de importancia vital. La comunidad internacional tampoco avanza con la velocidad que la urgencia exige para la definición más creativa de políticas educativas y culturales en pro de la paz.

Una verdadera cultura para la paz tendrá que ser una cultura de la tolerancia. La nueva democracia, nacional y mundial, ha de enraizarse más profundamente en la convivencia civilizada de la diversidad. Este objetivo esencial para la consecución de la paz universal inspira a las fuerzas sociales y políticas más avanzadas de la comunidad internacional. El propósito es también toral en la evolución histórica de la política exterior de México durante el siglo XX.

Conociendo la dimensión del problema, sabedores que en nuestra lucha por la paz no nos encontramos solos, y dotados, como estamos, de una política exterior que nos enorgullese, los mexicanos debemos coadyuvar más decididamente al empeño mundial por el pleno establecimiento de una educación para la paz. Al hacerlo contribuiremos más cabalmente a la construcción del futuro universal y encenderemos igualmente, nuevas luces de suma utilidad en la remodelación creativa de nuestro destino nacional.

Jorge Alberto Lozoya